

bajan, también ha de haber pierrots blancos que les alegren, ermitaños de la alegría, predicadores del desorden, sayones del sentido común, jardineros del ideal, que en medio de tantos huer-tos de verdura cuiden las flores de la poesía.

C.—¿Y qué hemos de hacer para lograrlo?

P.—Seguir el calvario de los pierrots, condenados a todos los desprecios; oír a cada lado del camino el escarnio de los descreídos; pasar altivos por entre los necios serios; ver el sonreír de los gordos; sufrir el resoplido de los hartos; huir del oro de los ricos; mirar como espantajos a los que quieren guardar su trigo, y llegar al hospital de los tristes y darles serenata a la puerta.

C.—¡Ay, Pierrot! ¿Y qué comeremos por el camino?

P.—Besos.

C.—¿Y cómo dormiremos?

P.—Abrazados.

C.—Y si tenemos pierrots pequeñitos?

P.—Les abriremos la jaula, y que vuelen.

C.—No podrá ser eso que sueñas.

P.—Los sacrificios parecen sueños, tal los han puesto los hombres. Y yo te pido el sacrificio más grande: el sacrificio de hacer reír, y riendo hacer pensar al pueblo, y por el pensamiento, hacerle libre. (*La coge de la mano y la lleva a la ventana.*) Ven conmigo y deja la máquina. Ven conmigo y mira. ¿Qué ves?

C.—La ciudad.

P.—¿Y en el cielo, qué ves?

C.—La puesta de sol.

P.—¿Y qué ves, entre esta negrura, allí en el fondo?

C.—Una línea azul.

P.—Aquella línea son hombres que vuelven, que vuelven del trabajo. ¿Ves alguno que vaya vestido de blanco como nosotros? ¿Ves alguno que se distinga de los demás?

C.—Todos son iguales.

P.—¿Y sabes por qué son todos iguales? ¿Por qué todos parecen un ejército? Porque todos están tristes de la misma manera, y la tristeza convierte en rebaño a los tristes.

C.—Tienes razón.

P.—Mira ¿ves unos que se separan y levantan los brazos? ¿Sabes por qué miran a lo alto? Porque cantan.

C.—Sí que es verdad.

P.—¿Y oyes lo que cantan?

C.—No.

P.—Cantan una canción mía.

C.—Es verdad. Aquella que escribiste en mis brazos.

P.—¡Ah! ¿Oyes? Cantan, cantan libertad, amor, fraternidad, juventud y alegría, todo lo que no se puede decir en prosa. Mira como ya no son rebaño, como de la voz de cada uno brota un movimiento de armonía. Sí. Para ellos hemos de trabajar. Para ellos han de ser nuestras canciones. Para los que padecen y esperan. Vamos a ayudarlos, Colombina. Los pierrots de hoy día no tienen que coser para los ricos: tienen que cantar para los pobres.

Del libro «Aldea ilusoria», de G. Martínez Sierra.—Libros del mismo autor que puede pedir la LECTURA BARATA, de Falcó, Zeledón & Cía.: «El poema del trabajo», «Diálogos fantásticos», «Flores de escarcha», «Almas ausentes», «Horas de sol», «La humilde verdad», etc.

Instrucción primaria

Lo que menos importa es que el maestro enseñe o no gramática, geografía y aritmética.

En primer lugar, no se aprende nada, por competente que sea el profesor, hasta los quince años. El cere-

bro infantil no puede abstraer, lo mismo que no puede el estómago de un recién nacido digerir carne. Hasta pasada la pubertud no se generaliza, no se comprende. ¿Para qué convertir a los niños en malos fonógrafos, para